

LA RUSIA DE FRUGONI

"LA ESFINGE ROJA" (Buenos Aires. 1948).

Es muy difícil saber algo nuevo, algo valioso, sobre Rusia. A ello no nos ayudan, naturalmente, los comunistas, empeñados en repetir, ante la incredulidad general, su hiperbólico esquema. Ni las obras de los viajeros, de los técnicos, de los refugiados, de los transeúntes: es usual que abarquen mucho y aprieten poco. Siguen un reiterado patrón de experiencias y ensayan desmayadamente explicaciones que están, a menudo, más allá de la cultura con que se intentan. De veintitantos años del tema, apenas si sobrevivirá un puñado de títulos.

¿Quién se acuerda de mucho más que de la decantada visión novelística de Koestler, que de los "retour" de Gide e Istrati —por el valor de sus autores—, que del candente testimonio de Kravchenko?

Menos caudaloso que toda esa literatura sobre la URSS, pero no menos importante, vuelve a florecer en nuestros días un género diplomático, que iniciaran hace siglos los agudos embajadores de Su Señoría y que han ilustrado en estos tiempos de la guerra, los recuerdos de Grew sobre Japón, de Neville Chamberlain y la familia Todd sobre la Alemania hitlerista, del Vizconde de Templewood sobre España, de Joseph Davies sobre Rusia.

A los dos roles numerosos, desigualmente ilustres, ha ensayado Frugoni su aportación con el libro que comentamos.

Destaquemos —desde ya— algunas de sus excelencias. La literatura actual sobre

la URSS suele ser una literatura de malevolentes, o de turiferarios (como la asalarada Anne Louise Strong, como el pobre Deán de Canterbury), o de desilusionados que claman, babeantes, contra la estafa. La contribución de Frugoni está bastante lejos de tan r-formantes perspectivas. Fué con una cultura previa —social, política, económica— que le sirvió para encuadrar rápidamente cada fenómeno y extraer su sentido en el conjunto. Fué con reservas y volvió con negaciones y alguna concesión. Todo lo hizo con un sentido de responsabilidad, tan grande, que a veces parece solemnizar su testimonio, restándole frescura y el necesario desgarró. No nos toca ahora averiguar si resultaba puramente subjetiva la misión de que se sintiera investido: "el de ver el hombre que voluise con la verdad sobre la Unión Soviética" (p. 8). Haya existido o no tal investidura, ella le dió a su trabajo una extraordinaria seriedad.

Se le siente constantemente en la pesada faena de filtrar el dato, operación de incansable imperio en esos medios en que todo el aparato de una ordenación omnipotente está enderezado a ocultar, sobornar, falsear. Desecha con mucho tino las tretas de la estadística del círculo macizo, de lo que Koestler llama "la magnificación de lo atípico". Entendió muy pronto que en un régimen policial, además de la propia curiosidad y de la lectura a contrapelo de la prensa oficial —en estos casos, toda la prensa— sólo puede servir el testimonio directo, a veces anecdótico, siempre irremolozable. Se encuentra en muchas de sus páginas el susurro de confidencias temerosas, de ésas que se deslizan al oído mientras se mira en torno y se pone en ellas —como mensaje en las olas— la revancha de muchos años de silencio, farsa o represión.

Felizmente, no entendió Frugoni que tal seriedad le impulsara el metódico ejercicio de una ceñidísima desconfianza, de la reticencia sistemática a la posible aprobación, a la probable conformidad.

En muchas partes de la obra se resaca en el diplomático usuuario la intención de penetrar en la vida soviética, cubriendo por multitudes comunicaciones o coincidencias la profundidad de su experiencia rusa. (Esta simpatía, esta cordialidad no las necesitaba el funcionario y queremos salir con esta consideración al encuentro de suposiciones malévolas, que hablan de dos cosas en la actitud de Frugoni ante Rusia).

Se ve en él, eso sí, la voluntad de desempear "un papel", de particularizarse, sin indebido "divismo", con total buena fe, del equino opaco y rutinario de los diplomáticos acreditados en Moscú. Al tiempo que protesta contra los dispendios de los festines oficiales y diplomáticos y propone que el costo de los segundos se destine a fines de guerra, los explica, bastante confusamente, qué es la poesía a un grupo de atónitos intelectuales soviéticos (págs. 375-376), o sostiene una protocolar discusión sobre las bases del régimen con un burocrata subordinado.

Ni el simple "diario", o el procedimiento más o menos cronológico, ni una sistematización apresurada de su experiencia son los métodos de Frugoni. Lo encontramos al principio empapándose en el dintorno: calle, habitación, vida diplomática, estudiando largamente los temas de su personal preferencia: el teatro, la prensa, las artes plásticas, la literatura. Recién en las doscientas páginas finales penetra en lo central y controvertido: el meollo político, económico y social del régimen, aunque muchos juicios adelantados permitan ver su maduración progresiva y adivinar su sentido.

Veintiseis meses en Rusia, sólo en Moscú y sus alrededores, desconociendo el idioma —aunque no del todo— pueden formar un haz de circunstancias como para dar asidero

a los que pretenden levantar los ilevantables cargos que Frugoni le hace a la URSS. Reconozcamos que las tres son limitaciones inexorables, pero bien sabe Frugoni y nosotros con él, que "Así como un solo hueso basta a los naturalistas para reconstruir gráficamente el esqueleto de un animal, una cuantas comprobaciones de hecho, unas cuantas instituciones y unas cuantas costumbres suelen bastar para calificar un sistema de vida, una organización social, un régimen político" (p. 9).

Y agreguemos que el tiempo no nos parece exaso, que el idioma rebelde lo venció Frugoni con ojos, traducciones, un fiel trasmisor y criolla viveza, y por fin —sin nota de cinismo— que la radicación moscovita de sus observaciones sería importante tacha si el tono del libro resultase elogioso. Como no lo es, y las capitales suelen ser las caras mejor lavadas de cada país, sus críticas para todo el previsible resto ruso se robustecen. (Aunque pudieran rebajarse en su gravedad, los juicios sobre las condiciones del alojamiento, posiblemente no tan graves en otras zonas de la URSS).

Coincide en lo sustancial la visión de Frugoni con la de la mayoría de los actuales panoramas: organización dictatorial y oligárquica del partido único; doomatismo doctrinario que él califica con bastante imprecisión de "monopolio intelectualista"; aparatosidad y burocratismo; clima de fanatismo, intolerancia, obsesión; temor, delación; nacionalismo y militarismo desenfundados; propaganda maciza y mentirosa; desigualdades flagrantes y restaurados privilegios y jerarquías; actitud "capitalista" del Estado, que dispone irresponsablemente de la plusvalía que produce un "trabajo-mercancía" —más mercancía que nunca— con menos tutelas legales que en el más reaccionario estado occidental; inexistente el derecho obrero, militarizado el trabajo y sólo vehículo de las consignas del Estado el aparato sindical.

Condensa sus reflexiones en varios juicios generales, especialmente en las diez páginas del cabo y en los impresionantes consideraciones sobre el estado policial y los fines de una vida de ininterrumpido trabajo (págs. 327-328 y 358 a 362).

Pero es en los aspectos más cotidianos y directos de la realidad, donde la pintura de Frugoni se hace realmente valiosa. Están anecdóticos con lucidez y vigor, la escasez de espacio y de bienes, los altísimos precios, los salarios infravitales, el mercado negro, la inflación, la discrecionalidad y el espionaje administrativos, el recelo al extranjero, la brutalidad funcionaria, las condiciones promiscuas de la habitación, la abrumadora presencia multitudinaria (ilustración impar de aquello que Ortega llamaba "el mundo lleno"), la situación miserable de los viejos, patéticamente resaltada, y consecuencia lógica del desprecio a la entidad personal en sí misma y de la concepción del hombre como un productor.

Hombre de letras, escritor por sobre todo, dedica Frugoni un considerable trecho de su obra a dibujar las condiciones de la labor cultural en la URSS. Comprueba en la literatura, en el teatro, en la pintura y hasta en la música, la vigencia de un realismo fotográfico, de contenido eticista y político, con caídas en lo "gigantesco y lo ingenio, impuesto por contundentes y denunciadoras consignas. Aunque buena parte de esta línea dominante reitera algo de la gran tradición realista rusa, ve Frugoni cómo a la larga, y aún a la corta, se involucren toda expresión cultural, al aislarla de los ballazgos técnicos y de las innovaciones literarias y plásticas del mundo occidental, anatematizadas allí en globo como "degeneración burguesa" y "desviación capitalista".

Ante las que fueran manifestaciones supremas del genio ruso; el baile, el drama, la

ópera, no puede retener el autor el sustantivo definitorio de toda una anquilosis de las técnicas, de toda la explotación parasitaria, sévil de un esplendor perfectamente zarista: vejez.

No se ha destacado mayormente el problema de "la perspectiva" en los juicios sobre la URSS. Observando siempre *qué se dice*, no se atiende a *por qué se dice*. Pero no pueden ser iguales, ni tener la misma validez indiscriminada, las críticas de individualistas dinámicos a lo Willkie, o a lo Joseph Davies, que las de un humanista intelectual como Gide, que las de un "realista" como Burnham, que las de los desilusionados, como Serge o como Koestler, que las de un revolucionario heterodoxo, como Waldo Frank, que las de socialistas como Citrine o Frugoni.

Esta última postura, la de un marxismo no-comunista, es una de las más frecuentes entre los que se enfrentan con la realidad de la URSS y tiene posibilidades y métodos que queremos destacar, por cuanto se ejercen regularmente en el libro presente.

La perspectiva socialista permite contemplar muchos problemas *desde dentro*, desde su raíz, ya que utiliza —presuntamente— las mismas herramientas conceptuales que aquellos que los han fácticamente resuelto, contrastando después, para la atención o la discrepancia, las soluciones que se les dieron: posando siempre los dilemas como se los "pudieron" plantear los dirigentes rusos. Así, en Frugoni, el razonamiento central gira en torno a la prologación más allá de toda previsión estrictamente marxista, de la dictadura del proletariado y del mismo Estado, pues en esta prolongación ve el autor la traición fundamental de los dirigentes soviéticos al credo que dicen inspirarlos, y la raíz de todo un repertorio de males que los desprestigian y envilecen.

También el método marxista inclina a no considerar todos los aspectos del régimen con el mismo aire de inexorable necesidad con que los considera, por ejemplo, un Koestler. Frugoni parece siempre estar balanceando "razones bueno" y "razones malos", operación que podrá parecerle ingenua a los que creen que los calderos del totalitarismo revolucionario no se encienden con pacotilla.

Esta contemplación *desde adentro* necesita —y se avuda— con una visión dinámica, "in fieri", de la realidad social. Temores y soluciones se van dando en un feliz "estado naciente" y el reseñar va doblándose en un explicar.

Dijimos que Frugoni resalta algunos "aspectos buenos" de la realidad soviética. Anotemos al pasar: el entusiasmo que le despierta el acceso del pueblo al patrimonio cultural —aunque tan sustanciales reservas haya en otras partes a las condiciones de creación y renovación de esa misma cultura—; el ritmo tenso y casi heroico del esfuerzo ruso en el trabajo y en la lucha por "la grandeza"; el espíritu de sacrificio y la capacidad de ilusión de las multitudes; las altas remuneraciones a los escritores; el cuidado por el niño; la excelente calidad moral del equipo dirigente soviético; cierto tono de decencia, austeridad y sencillez en las costumbres; la postura antirreligiosa y, en lo sustancial, el laicismo materialista que informa el credo oficial ruso.

Podría atribuirse a la euforia de la primera postguerra, al gran viento de esperanza de la colaboración internacional, hablar de los servicios del Ejército Rojo "*a la independencia de todos los pueblos libres de la tierra*" (p. 34); no es dable alegar una sistemática anti-patía, cuando se hacen juicios como el que Frugoni anota en la página 272, ante un magro

repertorio de traducciones extranjeras: "No sé de ninguna otra [nación] en que, ni remotamente, se realice un esfuerzo parecido".

No sólo se da este balanceo de "lo bueno" y "lo malo", sino que, en ocasiones, la visión de Frugoni es matizada hasta la ambigüedad. Mientras le repele ver en la cultura rusa una dogmática realista y vulgarizadora que imposibilita el ejercicio renovador de la libertad estética, parece adberir a veces a esa dogmática en nombre de "la normalidad", de "un sano realismo" contra el esteticismo y "la originalidad desenfrenada" (Se encuentran con las ideas de Zhdanov las posturas de la reacción contra el modernismo y el decadentismo que, en nombre de una "poesía humana", planteara la generación a que Frugoni pertenece como lírico, y que rumiara interminablemente Roxlo a través de los macizos tomos de su "Historia de la Literatura Uruguaya").

En nombre de la libertad interior y de la autenticidad personal se pronuncia contra la imposición letrista del materialismo dialéctico y la modelación de las juventudes por coercitivo patrón educacional (mecánicamente aprendido, rápidamente olvidado, por inútil, en la mayoría de los casos). Pero, mientras tanto, respalda la tarea "iluminista" que esta enseñanza cumple y la profesión de un sistema que, en último término, es el suyo.

(Quede explicado por todo esto, que el libro de Frugoni está muy lejos de ser una diatriba eficaz, tremendamente condensada, como lo fué su estentóreo borrador, el "Rusia por dentro", del Dr. Lauro Cruz Goyenola.)

No es uno de los menores encantos de estas páginas el cálido y constante confrontar la teoría con la realidad. El marxista en un país marxista, ¡qué apasionante experiencia! Frugoni la realiza, y su credo parece subsistir, aunque el marxismo que traiga sea, como el que llevó, humanista y liberal.

Cierta ingenuidad de "evolucionista" de viejo cuño, le hace creer que "Rusia se estaba encarrilando con Kerensky", mientras el fondo sentimental de socialismo-romántico, con su fe hedonista en el instinto y "la naturaleza", con sus dicotomías de "impulso contra institución", de "placer contra deber" y de "espontaneidad contra norma" le permiten entusiasmarse con la liberación de la mujer soviética y la absoluta, igualación sexual, a las que dedica varias páginas divagatorias, a ratos quejumbrosas y siempre prescindibles (398 a 405).

En este linaje de ideas es perfectamente explicable el "Himno a la Mujer Rusa", publicado por Frugoni en la revista de Arconada y que algunos han exhibido como muestras de una dualidad de criterios. También, a "una herejía demagógica del pauperismo como estado de gracia", que decía en cierta ocasión Jorge Luis Borges, es posible imputar asertos tan discutibles como el de que a la mujer rusa "el esposo... incluso en las capas incultas de la sociedad, la castiga por costumbre...", etc. (pág. 398).

La posición socialista es la que le hace ver, con preocupación y dolor, medidas como las de la separación de los sexos en las escuelas, las dificultades en el divorcio, el acercamiento con la Iglesia Ortodoxa, la anulación de la investigación de la paternidad, el robustecimiento de la herencia, la proscripción de "La Internacional", el invasor espíritu de nacionalismo bélico y la preparación militar desde la infancia.

En alguna circunstancia, el diplomático uruguayo parece trastabillar en sus ideas. Casi siempre ha tenido en sus discusiones la última palabra, pero surge, de repente, la cuestión del "partido único". El dogma dice que los partidos son reflejos de las luchas y contradicciones de clases y que allí donde esas contradicciones han desaparecido, la pluralidad está de más. Frugoni sabe que su contricante, "secundum scripturas", tiene razón, pero guarda

en su cartera muchos argumentos para corregir la plana. Cuando los ha postulado asentimos a ellos, pero asentimos con la convicción absoluta de que no se trata de argumentos marxistas (págs. 443 a 446).

Un libro tan largo (476 páginas), de observaciones y memorias, no soporta probablemente otra manera que la del llano relato. Es el que Frugoni utiliza con sostenida amenidad, con felicidad frecuente. Sólo cuando quiere "escribirlo" incurre en modos estilísticos ante los que el abismo de generaciones se abre con nitidez: el niño arropado (103), el libro (203), las coreografías atléticas (246). O cuando recae en una adjetivación demasiado fácil: "gentiles funcionarios", "amables conductores", "halagadora reputación fenecida", "tranquilo refugio de ancianidad", "funérea melancolía", "tétricas regresiones". O cuando explica —innecesariamente— qué son los canillitas (77), o que los cañones de la época de Pedro el Grande "son más piezas de adorno que de guerra". O cuando maneja los dudosos tropos sobre el Metro (126), o el espectáculo de la nieve le hace hablar del "traicionero candor de la artera enemiga", de "la faz de la pálida diosa frígida", y "del condal de su lluvia de mariposas inanidadas" (145). O cuando —pelo blanco, sangre joven— sobre entusiasmarse legítimamente con la eclosión primaveral de la mujer rusa, anota al final de la página 250 que "la hermosa actriz que la encarna brinda al espectador un relámpago de su blanco torso, sin que la mirada curiosa logra percibir con certeza el sitio bajo la cintura en que la espada declina su casto nombre entre inquietantes desniveles de anatomía..." (Juan de Mairena hubiera puesto esta frase para un ejercicio de traslación al lenguaje poético; sabemos que sólo hubiera aprobado un sustantivo rotundo). Y dejemos el mal gusto de la carátula, con su Stalin travestido a la egipcia, a cuenta del corregible editor.

"La Esfinge Roja" está lleno de reveladores episodios. Un valioso material anecdótico recogido en su fuente, cumple, por lo general, el fin de ilustrar la imposición dogmática de una determinada —pero siempre variable— línea de opiniones, o de mostrar, triste y cómicamente a la vez, —con vistas al sudamericano comunista, tan semejante— el brutal contraste entre la cruel realidad rusa y las ilusiones y modos de vivir de los españoles refugiados en el país a raíz de la revolución del 36. Entre los primeros: el episodio de Erenburg (228 a 231), el fin de Meyerhold (273) y la publicación de la "Historia de la Filosofía" (373-374). Entre los segundos: el café de los inmigrantes españoles (152-153), los comunistas peninsulares y las huelgas (357), la historia de "El Campesino" (415-416).

La intención de darle una distancia histórica a todos los problemas, recarga la obra con una cantidad de materiales que pueden parecer externamente de relleno y que no son ciertamente de primera mano. Se nos cuenta el desarrollo de las ciudades, de la arquitectura, de la plástica, del ballet, del teatro, las diversas etapas de la Revolución. La observación directa corre mezclada con el testimonio de terceros, en esta ambición de darle una perspectiva genética a cada aspecto de la vida rusa. Pero no por hacer más cabal la comprensión dejan de presentarse estos recuentos como fundamentalmente digresivos.

Ese frecuente diletantismo y amplitud de intereses que destacó en su madurez a Emilio Frugoni le llevan aquí desde el pormenor urbanístico hasta la teoría marxista, desde la organización económica hasta la actividad cultural, desde la predicción de lo internacional hasta preferir, en tesitura gallowayana, el juego simple y enérgico del "Dynamo" a nuestro delicioso y barroco fútbol tradicional.

Objetemos finalmente el título. "*La Esfinge Roja*" suena demasiado a 1925. Hoy, el mecanismo del régimen ruso no es una esfinge más que para aquéllos que no quieren comprenderlo. Su evolución interna, el desarrollo paralelo del estado totalitario policial moderno, ofrecen un material de claro diagnóstico. Sólo cabría en 1948 la perplejidad —y ésta ya un poco entre ingenua, metódica o maliciosa— ante los planes futuros de la política exterior soviética, punto que Frugoni no trata con especialidad, aunque en sólo cuatro páginas —455 a 458— postule su total desconfianza de las intenciones rusas.

Pero no insistimos. No somos nominalistas.

CARLOS REAL DE AZÚA